



Noticias acerca de su persona

Según el testimonio de Ireneo (AH III, 3,3), Clemente sería el tercer sucesor de san Pedro y testigo de la tradición de los apóstoles, como puede argüirse de su carta escrita desde Roma a los Corintios para reconciliarlos en la paz en un momento de grave disensión interna en la comunidad. Es seguro que Clemente no se identifica con el mártir Tito Flavio Clemente, miembro de la casa imperial de los Flavios (según el autor de los Hechos de los santos Nereo y Aquiles). Tampoco es cierta, si bien verosímil, la identificación con el Clemente que Pablo llama colaborador suyo (en Flp 4,3), identificación que Orígenes (pese al silencio de Ireneo) y luego Eusebio y Jerónimo aceptaron como auténtica, aun ignorando su martirio. Pero el documento de la carta citado por Ireneo, así como por Hegesipo Dionisio de Corinto, testimonia la autoridad del obispo de Roma, entre el 92 y el 101, que interviene por vez primera en las contiendas de otra Iglesia y trata de conciliar los ánimos recomendando el respeto de la jerarquía eclesiástica en la diversidad de cada una de sus funciones. Una inscripción en la basílica de San Clemente, contemporánea de Rufino, mandada poner por el papa Siricio (+ 399), sería una noticia cierta de su martirio («martyr», sin el nombre de Clemente, que cabe empero suponer), que al menos a finales del siglo IV era compartida en Roma (aunque la tumba sea conocida al fin del siglo V). En cambio, la fecha del 23 de noviembre se remonta al martirologio jeronimiano, que atestigua su aniversario litúrgico desde una época muy antigua (los primeros papas no tienen aniversario determinado), y cuyo centro era el título de Clemente.

En el ábside de su basílica (se remonta al siglo III, con sucesivas *reconstrucciones*), Clemente aparece junto a san Pedro con el ancla con la que habría sido arrojado al mar para que no lo pescaran los cristianos. (E. Lodi)

Muestra de su magisterio. De la carta dirigida a los corintios

¡Qué grandes y maravillosos son, amados hermanos los dones de Dios! La vida en la inmortalidad, el esplendor en la justicia, la verdad en la libertad, la fe en la confianza, la templanza en la santidad; y todos estos dones son los que están ya desde ahora al alcance de nuestro conocimiento. ¿Y cuáles serán, pues, los bienes que están preparados para los que lo aman? Solamente los conoce el Artífice supremo, el Padre de los siglos; sólo él sabe su número y su belleza.

Nosotros, pues, si deseamos alcanzar estos dones, procuremos, con todo ahínco, ser contados entre aquellos que esperan su llegada. ¿Y cómo podremos lograrlo, amados hermanos? Uniendo a Dios nuestra alma con toda nuestra fe, buscando siempre, con diligencia, lo que es grato y acepto a sus ojos, realizando lo que está de acuerdo con su santa voluntad, siguiendo la senda de la verdad y rechazando de nuestra vida toda injusticia, maldad, avaricia, rivalidad, malicia y fraude.

Éste es, amados hermanos, el camino por el que llegamos a la salvación, Jesucristo, el sumo sacerdote de nuestras oblaciones, sostén y ayuda de nuestra debilidad. Por él, podemos elevar nuestra mirada hasta lo alto de los cielos; por él, vemos como en un espejo el rostro inmaculado y excelso de Dios; por él, se abrieron los ojos de nuestro corazón; por él, nuestra mente, insensata y entenebrecida, se abre al resplandor de la luz; por él, quiso el Señor que gustásemos el conocimiento inmortal, ya que él es el reflejo de la gloria de Dios, tanto más encumbrado sobre los ángeles, cuanto más sublime es el nombre que ha heredado.

Militemos, pues, hermanos, con todas nuestras fuerzas, bajo sus órdenes irreprochables.

Ni los grandes podrían hacer nada sin los pequeños, ni los pequeños sin los grandes; la efectividad depende precisamente de la conjunción de todos. Tomemos como ejemplo a nuestro cuerpo. La cabeza sin los pies no es nada, como tampoco los pies sin la cabeza; los miembros más ínfimos de nuestro cuerpo son necesarios y útiles a la totalidad del cuerpo; más aún, todos ellos se coordinan entre sí para el bien de todo el cuerpo. Procuremos, pues, conservar la integridad de este cuerpo que formamos en Cristo Jesús, y que cada uno se ponga al servicio de su prójimo según la gracia que le ha sido asignada por donación de Dios.

El fuerte sea protector del débil, el débil respete al fuerte; el rico dé al pobre, el pobre dé gracias a Dios por haberle deparado quien remedie su necesidad. El sabio manifieste su sabiduría no con palabras, sino con buenas obras; el humilde no dé testimonio de sí mismo, sino deje que sean los demás quienes lo hagan. Por esto, debemos dar gracias a aquel de quien nos vienen todos estos bienes, al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Oración colecta

Dios todopoderoso y eterno, admirable en la fortaleza de todos tus santos, concédenos alegrarnos en la memoria anual de san Clemente, sacerdote y mártir de tu Hijo, que con su muerte dio testimonio de lo que realizaba sacramentalmente y confirmó con el ejemplo lo que predicaba con la palabra. Por nuestro Señor Jesucristo.